SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PASILLO CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

VITAL AZA



MADRID
FLORÍN, 8, BAJO
1899

Al Sr. Dr. Miguel Moy
recuerdo cariñoso de
Vital Aza

LA SALA DE ARMAS

LA SALA DE ARMAS

PASILLO CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

VITAL AZA

Estrenado en el TEATRO LARA el día 4 de Diciembre de 1899



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono 551

1899

Al notabilísimo maestro de armas

Pedro Carbonel

recuerdo cariñoso de su amigo y discípulo

Vital Aza.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA NICASIA	Sra. Valverde.
ROSA	Srta. Suarez.
DOÑA NICOLASA (1)	Sra. Segura.
NICASIA	Srta. Felos.
BERMÚDEZ	Sres. Balaguer (J.)
DON SANDALIO	Larra.
MANOLITO	Santiago.
EL MAESTRO (2)	Morano.
DON MELITÓN	Vigo.
RAFAEL	Ramírez.
PEPITO (3)	Valle.
ANTONIO	Barbero.
DON CECILIO	Alemán.
JUAN	Niño Girón.

La decoración de esta obra ha sido pintada por D. Luis Muriel.

Los tiradores que verifican el asalto en la escena VI, son los distinguidos *prêvots* de la sala Carbonel, señores Afrodisio y Arandilla, cuya reputación de excelentes esgrimidores ha sido confirmada por los insistentes aplausos del público.

La graciosa música del *duettino* que cantan la Sra. Valverde y Srta. Suarez, es original del reputadísimo maestro compositor D. José Moreno Ballesteros, director del sexteto del Teatro Lara, á cuya amabilidad debe el autor el poder públicar la citada pieza de música al final de la obra.

---

(1) Este personaje habla con marcadísimo acento mallorquín.
(2) Viste pantalón de calle y chaqueta de esgrima.
(3) Viste traje de esgrima.

ACTO ÚNICO

La decoración representa una sala de armas con todos los detalles característicos. Primer término derecha (del actor) una mampara que se abre hacia la escena. Segundo término izquierda una puerta con portier de dos hojas. Dos balcones (ó uno) en el foro, ambos con persiana. La del término derecha estará levantada. Banqueta corrida en toda la decoración. En el foro izquierda varias pesas de gimnasia. Alfombra imitando piso de madera con dos tiras de linoleum de derecha á izquierda para los asaltos y lecciones. Forillo de calle en los dos balcones. Encima de las banquetas sables, floretes, caretas, guantes, etc.

ESCENA PRIMERA

El MAESTRO, PEPITO, RAFAEL, ANTONIO y JUAN. El Maestro y Pepito con peto de lección y caretas: de sable el primero y de florete el segundo. Juan, con uniforme de botones. Rafael, con pantalón blanco y en mangas de camisa. Antonio, con traje de esgrima. El Maestro da lección á Antonio, y Pepito á Rafael Estos dos en segundo término. Juan limpia con una gamuza la empuñadura de un sable. La lección del Maestro y Antonio debe empezar un momento después que la de Pepito y Rafael Hablan á un tiempo. A poco de empezar las lecciones Juan se marcha por el primer termino derecha

PEP. (A Rafael.) Romper. Romper. El pie izquierdo antes que el derecho. ¡Así! ¡Quieto! ¡A fondo! Muy bien. Marchar. ¡A fondo! ¡En guardia! Que haya más energía en el fondo. Esa pierna izquierda que empuje. Marchar. Muy

bien. Una, dos. ¡Batir y golpe recto!... A tocar, á tocar. En guardia. ¡A fondo! (1)

RAF. Déjame descansar, que ya no puedo más.

PEP. Bueno, descanse usted un ratito. (Rafael y Pepito se van al balcón del foro derecha.)

MAES. (A Antonio.) Una, dos, á la cara. En guardia. Romper. Al brazo. En guardia. Romper. Estocada. Quieto ahí. Esa punta del pie, esa punta del pie. ¡Ajajá! En guardia. ¡Bravo! Marchar. Quinta y á la cabeza. Ese brazo derecho que se extienda. Perfectamente. En guardia. ¡Pepito!

PEP. (Bajando.) Mande usted, tío.

MAES. Ya te he dicho que no quiero que andes haciendo cucamonas á las vecinitas. Aquí estamos á lo que estamos. (A Antonio.) Marchar. Estocada. ¡Bravo! (A Pepito.) Esta sala es un templo del arte, del noble arte de la esgrima.

PEP. Está bien, tío; pero yo...

MAES. Tú debes dar ejemplo de formalidad. Si don Rafaelito quiere asomarse que se asome, pero tú no debes separarte de aquí, atendiendo á tu obligación. (A Antonio.) Partir.

PEP. (Me partió.)

MAES. Corte á la cara. En guardia en seguida. ¡Bravo! Esa mano más alta. Estocada. Esas uñas abajo. En guardia. ¡Bravo!

ESCENA II

DICHOS y JUAN, que abre la mampara. Aparece BERMÚDEZ

BERM. ¡Señores!

MAES. ¡Señor de Bermúdez! (A Antonio.) Con permiso de usted. (A Bermúdez, dándole la mano.) Tantos días sin venir por aquí...

BERM. He estado de cacería. Toma, chiquito. (Dando el sombrero, el gabán y el bastón á Juan.)

MAES. Usted siempre entregado á algún *sport*.

(1) Derecha del actor: Pepito, Rafael—El Maestro—Antonio.

BERM. ¡Siempre! Ya sabe usted cómo soy yo. ¡Hola, Pepito!

PEP. Siempre á sus órdenes.

MAES. Niño, (*A Juan, que se dirige al vestuario.*) tráete la chaqueta del señor Bermúdez.

BERM. No, déjala. Hoy trabajaré un poquito la mano nada más.

MAES. Como usted guste. (*Vase Juan con las prendas de Bermúdez. Vuelve luego y se retira por el primer término derecha.*)

BERM. Felices, pollo. (*A Antonio.*)

ANT. Muy buenos días.

RAF. (*Que baja del balcón.*) ¿Cómo sigue usted?

BERM. ¡Hola, Rafaelito! Bien, gracias. ¿Qué tal? ¿Se trabaja mucho?

RAF. Regular. Yo me canso en seguida.

BERM. ¡Parece mentira! ¡A su edad! Aquí me tiene usted á mí, que á pesar de mis sesenta y dos años, soy capaz de tirar diez asaltos seguidos.

MAES. Naturalezas como la de usted hay muy pocas, señor de Bermúdez

BERM. Gracias á la vida activa que hago. Así se conserva la salud y la energía y la agilidad (1).

RAF. Como que parece usted un muchacho.

BERM. Toque usted, toque usted este biceps. (*El antebrazo.*)

RAF. Es de hierro.

BERM. Y vea usted estos muslos.

RAF. ¡Qué barbaridad! (*Tocándole el muslo derecho.*)

BERM. Aquí no hay más que fibra muscular. Los pollos de ahora parecen ustedes de mantequilla. (*Dándole un empellón.— Pepito y Antonio se ríen.*)

RAF. Yo me fatigo muchísimo; pero como mamá se empeña en que he de aprender á tirar las armas...

BERM. Muy bien pensado.

RAF. Dice que como soy tan linfático, no quiere que el día de mañana que tenga una cues-

---

(1) Rafael—Bermúdez—Pepito—Antonio—El Maestro en segundo término.

tión y me peguen una bofetada, me quede con ella.

BERM. Algo difícil es eso de no quedarse con la bofetada después de haberla recibido; pero, en fin, bueno es que aprenda usted esgrima y que la tome con afición.

RAF. Afición, sí, señor, tengo mucha. En casa me paso muchos ratos haciendo fondos en el pasillo y dándoles botonazos á las muchachas. Ayer por poco si le salto un ojo á la doncella.

BERM. ¡Qué atrocidad!

RAF Y que los tiene preciosos ¡Dos ojazos así! ¡Es una chiquilla de rechupete!

BERM. De rechupete, ¿eh? De ese pueblo es de donde me gustan á mí las muchachas.

MAES. ¡Señor Bermúdez!

BERM. ¡Anda! No me conocen ustedes en ese *sport!* Con que, pollo, á ver cuándo tiramos juntos y me da usted unos botonazos.

RAF. Sí. Facilillo es eso. Lo que es como yo tirase la mitad que usted, no eran disgustos los que iba á dar en Madrid. A todo el que me fuera antipático, le desafiaba.

BERM. Hombre, no tanto. Precisamente el manejo de las armas enseña á evitar las cuestiones personales ¿No es verdad, maestro?

MAES. Indudablemente. (Acercándose.) En las salas de armas se dulcifican los caracteres Nada enseña tanto á ser prudente como el conocimiento del peligro. El buen esgrimidor no debe rehuir los lances, pero tampoco provocarlos

RAF. Pues á mí que no me digan, pero como yo fuera un Pini, me batía con medio Madrid. ¡Apenas habrá usted tenido desafíos en su vida! (A Bermúdez.)

BERM. No. Nada más que uno afortunadamente, digo, desgraciadamente.

RAF. ¿Mató usted á su adversario?

BERM. Sí, señor.

RAF. ¿De alguna estocada?

BERM. No. De una apoplegía.

RAF. ¿Cómo? (Con extrañeza.)

ANT. PEP. } ¿Eh?

BERM. Una noche en el Casino tuvimos una cuestión por nada, por una jugada de tresillo. Le dije que no sabía tener las cartas en la mano El hombre, furioso, me arrojó á la cara un cenicero de porcelana que, al chocar en mi frente, se hizo cincuenta pedazos. Aquello ya no tenía arreglo.

RAF. ¡Claro! Habiéndose hecho tantos pedazos...

BERM. No es eso; digo que el asunto ya no tenía arreglo posible.

RAF. ¡Ah!

BERM. Al día siguiente le mandé los padrinos. Fueron éstos á verle cuando el pobre señor acababa de almorzar, y fue tal la impresión que aquella visita le produjo, que á las pocas horas falleció víctima de una apoplegía fulminante.

RAF. ¡Dios le haya perdonado! (Antonio se va al vestuario.)

BERM. Desde entonces, juré evitar en todo lo posible las cuestiones personales. En cambio he tenido que intervenir como padrino en muchas de ellas. Cuando le ocurra á usted algo, acuérdese usted de mí. Esa es mi especialidad. (1)

PEP. Lo que desearía don Rafael es que le arreglara usted la cuestión de arriba.

BERM. ¿Qué cuestión?

PEP. La de su novia. La señorita del segundo.

BERM. ¡Hola, hola! No sabía nada. ¿Será bonita, eh? (2)

RAF. Sí, señor, preciosa; y me quiere mucho; pero la madre es atroz El otro día bajaba la escalera delante de mí, y apenas llegamos al portal, se volvió de pronto la buena señora y se vino derecha á mí, enarbolando la sombrilla para pegarme... Gracias á que yo llevaba bastón y pude parar el golpe *en tercera*...

---

(1) Rafael—Pepito—Bermúdez.

(2) Rafael—Bermúdez—Pepito.

ó *en cuarta;* no me acuerdo en qué, pero lo cierto es que le paré el golpe.

BERM. Ventajas de conocer el manejo de las armas.

RAF. Como que si no sé esgrima me pega un sombrillazo que me deshace la cara. Es muy bestia, créame usted.

BERM. ¿De modo que no se hablan ustedes?

PEP. Se hacen el amor desde el balcón.

BERM. Pues mucho ojo al asomarse, porque con una madre así toda precaución es poca.

RAF. ¡Ya lo creo! El otro día me amenazó con tirarme un *ebónibus.*

BERM. ¿Un qué?

RAF. ¡Un tiesto!

BERM. ¡Caracoles!

RAF. Si le digo á usted que es de lo que no hay.

BERM. Vaya. Vamos á trabajar un poco. (Quitándose el chaquet ó levita.) Pepito, dame mis chismes.

PEP. En seguida, sí señor. (Se lleva la levita y vase por la puerta del vestuario. Vuelve luego con el florete y el guante.)

BERM. *Pero, oiga usted, Maestro. ¿No habrá hoy *algún asalto que se pueda ver?

MAES. *Sí, señor: ahora verá usted uno. En el ves- *tuario estan los tiradores.

BERM. *¿Sí? Me alegro mucho. (En la puerta del vestuario y como hablando con alguien que está dentro.) *¡Oh, señores! Quietos, quietos, sigan uste- *des vistiéndose. Vamos á ver eso. Muchas *gracias. (Al Maestro.) Tiran muy bien estos *dos muchachos.

MAES. *¡Ya lo creo! Son de lo mejorcito de la *sala.

PEP. *Aquí tiene usted. (Dándole los efectos.)

BERM. *Venga. En cuanto cojo el florete parece *que se me quitan veinte años de encima.

JUAN (Por la primera derecha. Al Maestro.) Esta carta que ha traído un ordenanza. Dice que es urgente.

MAES. Con permiso de usted. (Abre la carta y la lee.)

BERM. Es usted muy dueño. (Véase nota final núm. 2.)

MAES. Vaya. ¡Esta es otra!...

BERM. ¿Qué pasa? ¿Ocurre algo?

MAES. El general Rodríguez que se empeña en que he de ir ahora mismo á darle la lección. Precisamente á la hora en que más necesito estar en la sala

BERM. Ya sabe usted, Maestro, que yo gozo enseñando á los discípulos Por consiguiente, estando yo aquí puede usted marcharse tranquilo.

MAES. Aprovecharé su ofrecimiento, ya que es usted tan amable. (A Juan.) El gabán y el sombrero. (Vase Juan y vuelve en seguida.)

BERM. Venga ese peto. (Poniéndose el peto de lecciones que se habrá quitado el Maestro.) ¡Ajajá! ¡Don Rafaelito!

RAF. (Desde el balcón.) Voy.

MAES. Ese niño va á coger una enfermedad en el balcón.

BERM. No tema usted. Hay una Providencia para los enamorados. (Juan ayuda al Maestro á ponerse el gabán.)

MAES. Vamos á ver al General. ¡Y qué torpe es el pobre señor! ¡Querrá usted creer que cuantas veces le mando que tome la *parada en quinta*, siempre me toma *la cuarta!*

BERM. ¡Vamos, sí! Es un general que confunde la quinta con la reserva.

MAES. Hasta luego.

BERM. Vaya usted con Dios.

MAES. Pepito; no olvides lo que tengo dicho.

PEP. Descuide usted.

MAES. Señor de Bermúdez, en usted confío ¡Ya sabe usted que á mí me gusta que en la sala haya formalidad, mucha formalidad!

BERM. Vaya usted tranquilo. (Vase Juan.)

MAES. Hasta después. (Vase por la primera derecha.)

ESCENA III

BERMÚDEZ, PEPITO y RAFAEL

BERM. Conque niños, mucho ojo, ¿eh? Ya no hay aquí más maestro que yo. A trabajar y basta de balconcito.

RAF. Espere usted. Voy á decirle que me asomaré luego.

BERM. ¿Qué? ¿Está al balcón su novia de usted?

RAF. Sí, señor. Su mamá ha salido de compras. Asómese usted con disimulo.

BERM. No tema usted. (Se dirige al balcón del foro derecha. Paránose de pronto.) Pero ¿está usted seguro de que la mamá no anda por arriba?

RAF. Está en la calle.

BERM. Lo digo porque no me haría gracia que me soltara el *ebóuibus*. (Va al balcón.)

RAF. No me la escame usted.

BERM (Después de mirar hacia arriba.) ¡Preciosa! ¡Ya lo creo que es preciosa! (A Rafael.)

RAF. Gracias.

BERM. (Mirando hacia arriba.) ¡Muy buenos días! ¡Monísima! ¡Bendita sea tu madre!

RAF. (Pinchándole con el florete. Bermúdez para los golpes con el suyo.) ¡Hombre! ¡Bendita, no!

BERM. ¡Vaya unos ojos!

RAF. ¡Señor de Bermúdez!

BERM. ¡Tiene usted razón! El onceno no estorbar.— A los pies de usted, preciosísima, zaragaterísima... ¡María Santísima!—(Entrando en escena.) Ande usted, ande usted con ella.—Tiene gusto el muchacho. Es una chiquilla encantadora. Ea, Pepito. Vamos á trabajar el brazo. (Rafael ha vuelto al balcón.)

PEP. A la disposición de usted. (Se ponen en guardia.)

ESCENA IV

DICHOS, DOÑA NICOLASA y DON SANDALIO. Rafael en el balcón del foro derecha.

NICOL. ¿Se puede? (Abriendo la mampara.)

BERM. Una señora. Pase usted adelante.

NICOL. Pasa, Sandalio. Tengan ustedes muy buenos días.

BERM. Señora...

SAND. Felices.

NICOL. ¿El señor maestro de las armas?

BERM. Servidor de usted. Es decir, el maestro no está, pero yo hago sus veces.

NICOL. Muy señor mío.
BERM. Ustedes dirán lo que desean.
SAND. Pues deseo... (1)
NICOL. ¡Cállate!—Mire usted. El señor es mi marido.
BERM. Tengo mucho gusto...
NICOL. Y el pobre está delicado, muy delicado. Ha pasado un invierno horrible. Sobre todo, en los cambios de tiempo se pone *atrós*.
BERM. Será reumático.
SAND. Sí, señor, tengo...
NICOL. ¡Cállate!
SAND. ¡Bueno!
PEP. (¡Pobre señor!) (Se retira al segundo término riéndose.)
NICOL. Mire usted; lo que tiene es que duerme mucho y come como un buitre y no hase ejersisio ninguno, y claro, con todos esos alimentos se le está criando mucha sangre, y luego, es natural, la sangre se le corrompe.
SAND. (¡Sí que se me corrompe.)
NICOL. Usted no sabe los medicamentos que lleva tomados. Sólo *con* papel Fayar y *con* papel Tapsia y *con* papel Rigollot nos gastamos una fortuna. Como que lleva todo el cuerpo empapelado.
SAND. Sí, señor; parezco una anunciadora.
NICOL. Ahora tiene el mal en las piernas. Hay días que no puede mover la isquierda.
SAND. La derecha.
NICOL. Es igual. ¿Qué más da la derecha que la isquierda? La cuestión es que así no podemos seguir. El mejor día va á tener que salir á la calle en un carrito como la Sibeles.
BERM. Está bien, señora, pero...
NICOL. El otro día le vió mi sobrino, un chico médico que es una *notabilidat*. Hase curas maravillosas. Como que tiene una plasa por oposisión en el Hospital de incurables. Pues bien, mi sobrino dise que éste tiene en los humores mucho exseso de *ásido solfúrico*.
SAND. De ácido úrico, mujer.
NICOL. ¡Bueno, es igual!

---

(1) Sandalio—Nicolasa—Bermúdez—Pepito.

BERM. Casi igual.

NICOL. Le ha dicho que nesesita haser ejersisio, mucho ejersisio y por eso nos ha mandado venir aquí, á que ustedes le hagan trabajar y que sude, que sude mucho.

BERM. Dice bien, señora. El ejercicio de la esgrima es sumamente higiénico.

NICOL. Ya lo oyes. (A Sandalio.)

BERM. Aquí me tiene usted á mí. ¿Cuántos años me echa usted?

NICOL. Unos sincuenta.

BERM. Pues ya tengo sesenta y dos.

NICOL. ¡Que *atrosidat!*

BERM. Aquí no hay tejido adiposo. No tengo más que fibra muscular. (Dándose una palmada en el muslo derecho.) Toque usted aquí...

NICOL. Pero hombre...

BERM. ¡Ay! Usted perdone, señora.—Yo no sé lo que es estar malo nunca. Y todo se lo debo á la esgrima.

NICOL. Pues *esgriman* ustedes á este todo lo posible, porque ahora en la primavera es cuando más le conviene echar los humores Por supuesto que este *Madrit* es *atrós* Hay unos cambios de *temperamento* imposibles.

BERM. ¿Usted es catalana?

NICOL. No, señor, mallorquina. ¿Usted no ha estado en Mallorca?

BERM. No, señora. De Mallorca no conozco más que la sobreasada.

NICOL. ¿Le gustará á usted mucho?

BERM. Muchísimo.

NICOL. Pues éste no la puede ver. Todo lo de Mallorca se le indigesta.

SAND. ¡Todo! (Se presenta Rafael, que se retira del balcón.)

RAF. Señores ..

NICOL. (Sorprendida.) ¡Ay!

BERM. ¿Qué es eso, señora?

NICOL. Que creí que ese caballero estaba en calsonsillos. (Rafael entra en el vestuario.)

BERM. No, señora, es el traje de sala.

SAND. Mira, Nicolasita; una señora no está bien en estos sitios.

NICOL. Bueno, hombre, bueno. Me iré á unas com-

pras. A ver como hases todo lo que te mande este señor. (Parese una persona muy dis-distinguida, y ya ves lo sano que está con el ejersisio.) Hágale usted trabajar, caballero, y por supuesto que no importa que no aprenda á manejar las armas. A mí no me gustaría tener un marido *espadista.*

BERM. Lo creo.

NICOL. La cuestión es que se mueva, que estire esas piernas...

BERM. Descuide usted, señora. Se lo pondremos á usted como nuevo.

NICOL. Como nuevo es difisil. Me contento con que me lo dejen ustedes á medio uso. Vaya, selebro tanto... (Dándole la mano.) Nicolasa Verdaguer... de éste. Aquí serquita. Calle del Desengaño veintisinco, segundo tiene usted su casa y unos amigos.

BERM. Señora... Pablo Bermúdez, marqués de la Ensenada...

NICOL. } SAND. } (¡Ah!) (Con admiración.)

BERM. Catorce principal.

NICOL. } SAND. } (¡Ah!) (Desegañados.)

BERM. Servidor de usted.

NICOL. Muy buenos días.

BERM. Vaya usted con Dios.

NICOL. Hasta luego, Sandalio.

SAND. Adiós, Nicolasita.

NICOL. (Volviendo.) ¡Ah! Que sude, que sude mucho.

BERM. Sudará, señora, sudará.

NICOL. Beso á ustedes las manos. (Vase primer término derecha.)

BERM. A los pies de usted. (Pepito la acompaña hasta la mampara.)

ESCENA V

DICHOS menos DOÑA NICOLASA

SAND. (¡Parricida!)

BERM. (¡Caracoles con la mallorquina!) Parece que tiene el genio vivo la señora, ¿eh?

SAND. ¡No lo sabe usted bien! ¡Es *atros!* ¿Usted es casado?

BERM. No, señor.

SAND. Choque usted. (Dándole la mano.) No se case usted nunca.

BERM. Hombre, á mi edad...

SAND. Esa tengo yo, y sin embargo no llevo más que un año de casado.

BERM ¿Nada más? ¿Estan ustedes en la luna de miel?

SAND. A esta edad ya no hay luna. Vivimos en perpetuo nublado. ¿A quién dirá usted que debo este matrimonio?

BERM. ¡Qué se yo!

SAND. Al partido conservador.

BERM. ¡Hombre!

SAND. Sí, señor. Yo estaba muy tranquilo de oficial primero de Hacienda en Badajoz y, cuando Silvela subió al poder me trasladaron á Palma. Allí conocí á Nicolasa. Era dueña de un hotel magnífico.

BERM. ¿Con jardín?

SAND. No, señor, con *restaurant.*

BERM. ¡Ah! ¡Vamos! Es fondista.

SAND. Lo era. Al casarnos traspasamos la fonda y ahora vivimos de nuestros fondos.

BERM. (¿Y qué me importarán á mí todas estas cosas?) ¡Ea! Vamos á tomar la primera lección. Vaya usted desnudándose.

SAND. Bueno. (Empieza á desnudarse primer término izquierda.)

BERM. ¡Pepito!

PEP. Mandeme usted.

BERM. Trae un florete y un guante para este caballero.

PEP. En seguida. (Coge un guante y un florete que habrá sobre las banquetas del segundo término derecha.)

SAND. (¡Que á mi edad tenga yo que meterme en estos trotes!) (Se ha quitado la levita y el chaleco, y empieza á quitarse el pantalón.)

BERM. Pero, ¿qué hace usted? (Riéndose.)

PEP. (¡Já, já, já!)

SAND.. Como ha dicho usted que me desnudara...

BERM. No; el pantalón no hace falta quitárselo.

SAND. Como usted quiera. Yo estoy ya decidido á todo. (Se queda en mangas de camisa, con el pantalón con tirantes.)

BERM. (A don Sandalio.) Póngase usted ese guante.

SAND. (Lo coge.) Qué barbaridad! Esta es la muestra de una guantería. (Se pone el guante.)

BERM. Ahí va el florete.

SAND. Venga de ahí (1).

BERM. Se coje de este modo, con el dedo pulgar apoyado en la empuñadura.

SAND. ¿Y este es el dedo pulgar? Nadie lo diría. Así, ¿eh? (Empuñando el florete.)

BERM. Perfectamente.

SAND. Bueno. Y ahora, ¿qué hago yo con esto? (Véase nota final número 3.)

BERM. *Pues ahora...

RAF. *(Dentro.) ¡Eso! ¡Eso! Veremos quién recibe *más botonazos. (Conversación dentro.)

BERM. *Ya salen los tiradores. Va usted á presen-*ciar un asalto á florete.

SAND. *Bueno.

ESCENA VI

DICHOS; ANTONIO y RAFAEL, los dos vestidos de calle. Los dos tiradores en traje de sala

BERM. *Vamos á ver, vamos á ver, pollos.

RAF. *¡Lo que daría yo por tirar como cualquiera *de estos dos! (Empieza el asalto, que debe ser muy movido. Bermúdez, Pepito, Antonio y Rafael en el segundo término. Don Sandalio, en el proscenio izquierda, huyendo siempre que rompe el tirador que está á su lado. Cada botonazo irá acompañado de la palabra: «¡Touche!» Bermúdez, cuando se han dado tres botonazos, dirá á los tiradores:)

BERM. *¿Tienen ustedes la bondad de cambiar de *puesto? (Cambian de puesto los tiradores. A los tres botonazos dirá Bermúdez: «¡La buena!» Terminado el asalto, todos felicitan á los tiradores, que se retiran al vestuario.)

(1) Bermúdez—Don Sandalio.

SAND. *(No entiendo una palabra, pero me parece *que lo han hecho muy bien.)
ANT. *Hasta mañana, señor de Bermúdez... Ca*ballero. .
BERM. *Vaya usted con Dios. ¿Se va usted tam*bién, don Rafaelito?
RAF. *Sí, señor; pero yo volveré en seguida.
BERM. *Lo comprendo.
RAF. *Ya está arriba la madre, y no es prudente *asomarse al balcón. Hasta después.
BERM. *Hasta luego.
RAF. *Beso á usted la mano (A don Sandalio.)
SAND. *¡Ya hay donde besar, ya! (Indica el guante que tendrá puesto.—Vanse Rafael y Antonio.)

ESCENA VII

BERMUDEZ y DON SANDALIO. Luego PEPITO y los dos tiradores

BERM. *¿Le habrá gustado á usted el asalto?
SAND. *Mucho. Lo que no he comprendido es una *cosa.
BERM. *¿Qué? (Pepito se retira al vestuario.)
SAND. *Esa palabra que decían á cada momento.
BERM. *¡*Touché!*
SAND. *Justo *Touché*. ¿Qué quiere decir eso?
BERM. *Pues es cantar el golpe. Siempre que á uno *le dan una estocada ó un sablazo, debe de*cir: ¡*Touché!*
SAND. *Pues es una palabra que no he oido nunca *en la calle de Sevilla, y mire usted que allí *se dan sablazos al cabo del día.
BERM. *Esos muchachos son dos tiradores exce*lentes. Ahora nos toca á nosotros* ¡Ea! Vamos á ver qué disposiciones presenta usted.
SAND. Malísimas, de seguro.
BERM. Primera posición. Fíjese usted en mí Esta es la colocación (se coloca correctamente)
SAND. ¿Así? (Ridículamente.)
BERM. ¡No, por Dios! Mas gallardía en la figura. Ese brazo derecho mas alto. El botón del

florete apuntando al cielo. Como si fuese usted á decir:

«Llamé al cielo, y no me oyó.»

SAND. A ver si es esto. (Colocándose.)

«¡Llamé al cielo y no me oyó!»

BERM. ¡Qué ha de oirle á usted con esa postura! ¡En guardia!

SAND. ¿Qué pasa? (Asustado.)

BERM. Que se coloque usted así. (Se coloca en guardia. Don Sandalio le imita.) Ahora va usted á caer á fondo.

SAND. ¿Que voy á caer? (Alarmado.)

BERM. Tranquilícese usted. Es un término de la esgrima. Entérese usted. Una vez en guardia, se adelanta la pierna derecha, se sube el brazo izquierdo, se extiende el derecho, se estira la pierna izquierda y se apoya el peso del cuerpo sobre la cadera del mismo lado. Vamos a ver.

SAND. (Después de una pequeña pausa.) Haga usted el favor de repetírmelo, porque ya se me han olvidado todas esas cosas.

BERM. Es esto. Fíjese usted. (Ejecuta correctamente todos los movimientos, desde la primera posición hasta la guardia y caída á fondo.)

SAND. Comprendido. Allá voy yo. Esté usted con cuidado, porque no respondo de no caerme de verdad. (Imita cómicamente todos los movimientos ejecutados por Bermúdez.)

BERM. ¡Bravo! Venga esa pierna derecha.

SAND. Ahí va. ¡Ay!

BERM. ¿Qué es eso?

SAND. Acuérdese usted de que soy reumático.

BERM. Quieto ahí. Apoye usted bien esa cadera. Esa cabecita... Esa cabecita... ¡Bravo! Ahora, *¡marchar!*

SAND. ¿Qué? ¿Ya hemos concluído? (Incorporándose.)

BERM. No, hombre, *marchar* es dar algunos pasos hacia adelante.

SAND. ¡Ah! ¿Y en esta posición tengo que dar al-

gunos pasos? ¡Quiá! Ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso de aquí.

BERM. Si es muy sencillo Adelante usted la pierna derecha.

SAND. ¿Más todavía? Mire usted que me estallan todas las articulaciones.

BERM. Pues de eso se trata, de ponerlas flexibles.

SAND. (Me mata, me mata este señor.)

BERM. Un pasito. (Da el paso con gran trabajo.) Muy bien. Meta usted la pierna izquierda.

SAND. (La meteré, vaya si la meteré.)

BERM. ¡Así! ¡Admirable! *Marchar* otra vez.

SAND. Sosténgame usted bien. (Da otro paso.)

BERM. ¡Perfectamente! ¿Lo ve usted? Si es sencillísimo.

SAND. (¡A que resulta que tengo yo disposiciones para esto!)

BERM. Quieto ahí.

SAND. Las piernas me van á flaquear.

BERM. *¡Romper!*

SAND. ¿Eh? (Asustado.)

BERM. *Romper* es dar un paso atrás.

SAND. (Pero hombre, ¿por qué no hablará con claridad?)

BERM. ¡Vamos! ¡No! Ahora empiece usted con la izquierda Tampoco es eso. Da usted muy mal estos pasos.

SAND. «De mis pasos en la tierra
responda el cielo, no yo.»

¿Ve usted? También yo sé mis cositas del *Tenorio.*

BERM. Vamos á ver, vamos á ver. *Romper* otra vez. ¡Magnífico!... ¡A fondo! ¡Mas fondo! ¡Más! Está usted regular de fondos

SAND. Lo preciso para vivir nada más.

BERM. No es eso. Digo que es necesario que adelante usted mas esa pierna. Así. Quieto ahora. (Aparece Pepito.) ¡Pepito!

PEP. Mande usted.

BERM. ¿Qué te parece del discípulo?

PEP. ¡Admirable!

SAND. Gracias. (Sigue á fondo.)

PEP. (Parece un sapo.) (Riéndose.)
BERM. ¡Quieto! Quieto en el fondo.
SAND. (Me caigo. ¡Vaya si me caigo! (Vacilando. Véase la nota núm. 4.)
BERM. *(Sube á saludar á los tiradores que salen del vestuario *con traje de calle.) ¿Se van ustedes ya? Muy *buenos días A ver cuando nos damos unos *botonazos. Vayan ustedes con Dios. (Los acompaña hasta la mampara.)
PEP. *Hasta mañana. (Desde la puerta.)
SAND. *¡Ya me caí) (Se cae al suelo quedando sentado.)
BERM. *(Volviéndose y viendo á don Sandalio.) ¡Pero hom- *bre!*
PEP. ¡Já, já, já!
BERM. ¿Qué ha sido eso?
SAND. Que me he caído al fondo.
BERM. Ea, levántese usted.
SAND. ¡Quiá! Como ustedes no me levanten... Yo ya no puedo moverme.
BERM. ¡Vamos, arriba! (Le ayudan á levantarse.)
SAND. ¡Ay, ay! (1)
BERM. ¿Qué pasa?
SAND. Que tengo unas agujetas horribles.
BERM. Naturalmente. El primer día se sienten algo; pero al segundo y tercero no se pueden sufrir.
SAND. ¿Sí eh?
BERM. Hasta dentro de ocho días que ya estará usted como si tal cosa.
SAND. Pues valiente semanita me espera. Pero vea usted, conozco que esto es sano. ¿No hablaba usted de romper? Pues ya he roto... á sudar.
BERM. ¡Pues claro! Si esto es muy higiénico. Vamos, vamos, otro poquito.
SAND. No, no por Dios. Déjeme usted descansar.
BERM. Bien, como usted guste. (Va al segundo término derecha y hace unos cuantos fondos)
SAND. ¡Huy, qué agujetas más atroces! (Se sienta foro izquierda.)

---

(1) Bermúdez—Don Sandalio—Pepito.

ESCENA VIII

DICHOS y MANOLITO

MAN. Muy buenos días. (Muy triste.)

PEP. ¡Don Manolito! (Bermúdez continúa haciendo fondos.)

MAN. Hola, Pepe.

PEP. ¿Qué trae usted por aquí al cabo de tanto tiempo? (1)

MAN. ¡Una cosa muy grave! ¡Gravísima!

PEP. ¿Sí?

MAN. ¿Ese caballero, no es el señor Bermúdez?

PEP. El mismo.

MAN. Buenos días, señor de Bermúdez. (Acercándose.)

BERM. (Volviéndose.) ¿Quién? Servidor... No recuerdo.

PEP. Don Manuel Soto, que el año pasado venía algunas veces por la sala.

BERM. ¡Ah! ¡Sí! Ya me acuerdo. ¿Qué? ¿Reanuda usted las lecciones?

MAN. Vengo á tomar una nada más. ¡Quizás sea la última! (Muy afligido.)

BERM. ¡Caramba!

MAN. ¿Dónde está el Maestro?

BERM. Ha salido, pero aquí me tiene usted á mí. ¿Qué ocurre?

MAN. ¡Ay, señor de Bermúdez! ¡Ay, Pepito!

SAND. Qué le pasa á este joven? (Acercándose.)

MAN. ¡Ay, caballero! (A don Sandalio.)

BERM. ¡Hable usted, hombre! ¿De qué se trata?

MAN. De un duelo á sable con punta, junto á las tapias del cementerio del Este; mañna á las cinco de la madrugada .. (Afligidísimo.)

SAND. (¡Qué barbaridad!! ¡Madrugar tanto para eso!)

BERM. Tranquilícese usted.

MAN. No puedo. He pasado una noche horrible.

BERM. ¿Y por qué ha sido eso... si es que se puede decir?

---

(1) Bermúdez—Manolito—Pepito—Don Sandalio.

MAN. Sí, señor. Verán ustedes lo que fué. Yo voy todas las noches á primera hora al café de Londres. Allí nos reunimos algunos compañeros de oficina y otras personas que se han ido agregando. Anoche hablábamos de la próxima corrida de Beneficencia. Yo soy muy aficionado á los toros, (Casi llorando.) ¡y ojalá no lo fuera! Se discutía si en la cuadrilla del *Algabeño* venían de picadores *Badila* ó *Agujetas*. Yo dije que venía *Badila*. Y don Melitón Bermejo, un señor á quien llaman el Argentino, y que siempre lleva la contraria á todo el mundo, contestó: «Usted no sabe lo que dice.»—«Pues mire usted—le repliqué de muy buena manera;—si me dan á elegir entre *Agujetas* y *Badila*, yo me quedo con *Badila*.»

SAND. Y yo con *agujetas*.

MAN. Eso dijo él. Y añadió muy destemplado. «Usted no entiende una palabra de toros.» —«¡Más que usted!»—«¡Es usted un majadero!»—«¡Más que usted! Es decir, más es usted.»—Y el hombre entonces, cogiéndome de la solapa y levantando mucho la voz, me dijo: «¡No le quito á usted la cara, porque es usted un mameluco!» Mire usted. (A Bermúdez.) Yo tolero que me llamen tonto y majadero y otras frases poco ofensivas; pero mameluco... Eso no se lo aguanto á nadie; así es que al oir aquella palabra, se me arrebató la sangre, cogí una botella de agua, y ¡zas!, se la tiré á la cabeza.

BERM. ¿Y le dió usted?

MAN. No, señor; lo que hice fué romper un espejo. Se armó un gran escándalo en el café; nos marchamos unos por un lado y otros por otro, y á las dos horas don Melitón me mandó los padrinos; nombré yo los míos, y después de haber celebrado los cuatro varias entrevistas, acordaron que el duelo se verifique mañana.

BERM. ¡Qué atrocidad!

MAN. Eso digo yo; pero...

BERM. ¿Y qué clase de persona es ese Bermejo?

MAN. Pues un matón. Un hombre que todas las noches nos contaba sus fechorías. En la República Argentina ha tenido siete duelos y ha matado á cuatro adversarios. ¡Yo voy á ser el quinto! (Muy compungido.)

SAND. No; el quinto, no matar.

MAN. Pues me mata, créame usted. Yo, como ofendido, había dicho á mis padrinos que eligiesen la pistola... á muchos pasos; pero los representantes del otro dijeron que el ofendido es él.

BERM. ¡Indudablemente!

MAN. ¡Pero si me ha llamado mameluco!

BERM. No importa. Usted ha pasado á *vías de hecho.* «Si al recibir un insulto, el ofendido levantara la mano, perderá todos sus derechos, convirtiéndose en ofensor.» Así lo dice el Código del Duelo.

SAND. Yo creo que el único ofendido debe ser el dueño del café.

MAN. Ya he prometido abonarle la rotura ¡si vivo! Pues si, como es muy posible, me quedo en el terreno, se encargará del pago mi pobrecita mujer.

PEP. ¿Cómo? ¿Se ha casado usted?

MAN. Sí, hace un año. ¡Y estamos ya de siete meses! (Llorando.)

BERM. Vamos, hombre, no se aflija usted. ¿Usted tira algo?

MAN. No he dado lección más que unos dos meses.

BERM. ¡Basta! Con dos ó tres paradas seguras y una estocada de las mías, no necesita usted más. Pepe, tráete mi chaqueta de ante y mi careta. (Pepito va al vestuario.)

MAN. Mire usted que él es un espadachín.

BERM. No se achique usted, hombre.

MAN. (Ojalá pudiera achicarme, para que encontrara menos cuerpo donde pegar.)

SAND. No se achique usted.

PEP. Aquí está. (Con la chaqueta, el sable y el guante.)

BERM. Póngasela usted. (A Manolito, que se pone la chaqueta después de quitarse la americana.)

ESCENA IX

DICHOS, JUAN

JUAN — Ahí espera un caballero que pregunta por el Maestro.
BERM. — ¿Quién es?
JUAN — Me ha dado esta tarjeta.
BERM. — A ver. (Lee.) «Melitón Bermejo.»
MAN. — ¡El argentino! (Asustadísimo.)
BERM. — Me alegro.
MAN. — ¡Escóndanme ustedes, por Dios!
BERM. — Quieto aquí.
MAN. — Pero..
BERM. — Acabe usted de vestirse, y póngase en seguida esa careta. Pepe, baja la persiana. (Manolito se pone la careta de sable. Pepe baja la persiana del balcón del foro derecha. Se acorta algo la luz de la escena.)
MAN. — ¿Qué va usted á hacer?
BERM. — Ya lo veremos. Con esta media luz no hay medio de conocerle á usted.
MAN. — ¿Es de veras?
SAND. — Yo, si le viera á usted en la calle con esa careta, no le conocería; verdad es que sin ella, tampoco.
JUAN — ¿Qué le digo?
BERM. — Ese caballero, ¿conoce al Maestro?
JUAN — Dice que no.
BERM. — ¿Y le has dicho que no está?
JUAN — No, señor; porque como el Maestro no quiere que se diga nunca que no está en casa...
BERM. — Perfectamente. Conoceremos á ese matón de la República Argentina. Dile que pase. (Vase Juan.)
MAN. — Pero ..
BERM. — (A Manolito.) Usted no hable ni una palabra.
MAN. — ¡Quiá! Si estoy que no me salen las palabras del cuerpo.
BERM. — Y usted, (A don Sandalio.) hágame el favor de retirarse un momento al vestuario. Ande usted, ande usted. (Empujándole.)

SAND. (No; pues yo no me quedo sin ver lo que pasa.) (*Vase al vestuario. Asoma luego la cabeza por entre las hojas del portier.*)

JUAN (*Abriendo la mampara.*) Pase usted. (*Vase Juan.*)

ESCENA X

DICHOS y DON MELITÓN.

MEL. Muy buenos días.

BERM. Felices. (*Manolito en el segundo término derecha se oculta tímidamente detrás de Pepito.*)

MEL. ¿El maestro de armas?

BERM. Servidor. (1)

MEL. Muy señor mío. Vengo á pedir á usted un favor.

BERM. Usted dirá.

MEL. Es asunto reservado.

BERM. No tema usted. Los señores son ayudantes de la sala.

SAND. (¡Qué cara tiene ese tío!) (*Desde el portier.*)

MEL. Pues mañana tengo un duelo á sable.

BERM. Me alegro mucho.

MAN. (¡Pues no dice que se alegra!)

MEL. ¡A sable con punta!

BERM. Muy bien. Las cosas se hacen de veras ó no se hacen.

MEL. Y deseo que usted me dé una lección de desafío, cueste lo que cueste.

MAN. (¿Eh?)

BERM. Espere usted. Ahora que recuerdo.. ¿Usted se llama don Melitón Bermejo?

MEL. Servidor.

BERM. ¿El argentino?

MEL. ¡Justo!

BERM. He oido hablar muchísimo de usted como de uno de nuestros primeros tiradores de armas.

MEL. Eso se dice por ahí. (*Con pedantería.*)

BERM. Pues entonces poco es lo que yo podré enseñarle...

---

(1) Manolito—Pepito—Melitón—Bermudez.

MEL. Mire usted, maestro. El duelo de mañana es inevitable y ya no hay más remedio que confesar la verdad... Yo... me da vergüenza decirlo... Yo no he cogido un arma en mi vida.

MAN. (¿Qué dice?)

BERM. (¡Lo que yo me figuraba!) Pero, ¿es posible?

MEL. Como se lo digo á usted.

BERM. ¿Luego no ha tenido usted ningún duelo en Buenos Aires?

MEL. Ninguno. El de mañana será el primero.

MAN. (¡Ay, qué pillo!) (Abrazando á Pepito.)

BERM. Pues por Madrid se corre que ha matado usted á tres á cuatro.

MEL. Son voces que he hecho correr yo. He explotado el físico.

BERM. (¡Ya te daré yo el físico!) ¿De modo que lo que usted desea es tomar la primera lección?

MEL. Sí señor.

SAND. (¡Toma agujetas!) (Desde el portier.)

MEL. Ya comprenderá usted que dada mi reputación sería bochornoso que mi adversario, que es cualquier cosa, me pegara una paliza.

MAN. (¡Se la pego! ¡Vaya si se la pego!)

BERM. Pues mire usted; mejor que una lección, que tendría sus dificultades, es que tenga usted un asalto, un simulacro de desafío con uno de los ayudantes.

MEL. ¡Perfectamente!

BERM. Eso le acostumbrará á usted á manejar el sable y á parar algunos golpes.

MEL. Lo que usted disponga.

BERM. Súbase usted el cuello de la americana. Venga un pañuelo. (Se lo anuda al cuello.) Pepe, una careta, un guante y un sable.

PEP. Tome usted. (Dándoselo.)

BERM. El señor tirará con usted (1). (Por Manolito.)

MEL. Con mucho gusto.

MAN. (¡No me ha conocido... no me ha conocido! (Muy contento A Bermúdez.)

BERM. (¡Claro!)

---

(1) Manolito—Bermúdez—Pepito—Melitón.

MAN. (¡No es paliza la que yo le voy á dar!) (Don Melitón se ha puesto la careta de sable y el guante.)

BERM. ¡Ea! Colóquense ustedes aquí. (Manolito primer término derecha y don Melitón primer término izquierda.) Estamos en el terreno. Yo soy el juez de campo. Vengan las puntas de los sables. (Las coge. Abre los brazos en cruz, y deja colocados á los tiradores á distancia. Se retira luego al foro, coge un florete y dice:) ¡Adelante, señores! (Manolito avanza decidido hacia don Melitón, y después de un amago de estocada le pega un sablazo en la cabeza (sobre la careta naturalmente). Don Sandalio, sacando la cabeza por entre las hojas del portier, dice:—*¡Touché!*—Don Melitón, al oir la voz, se vuelve a mirar, y Manolito le pega con toda su alma un sablazo en la espalda. Don Melitón, sin poder parar ningún golpe, huye hacia el primer término derecha; Manolito le persigue, y en la huida le da dos ó tres sablazos en la espalda. Cada sablazo va acompañado de la palabra *¡Touché!* que dice don Sandalio, ocultándose en seguida. Manolito acorrala á don Melitón. Bermúdez se interpone y contiene á Manolito, que desea continuar pegando á su adversario. El actor encargado del papel de don Melitón debe llevar un chaleco convenientemente forrado, con objeto de que los sablazos suenen mucho y no le hagan daño (1).

MEL. ¡Basta! ¡Basta! El señor es un maestro y no hay manera de defenderse (se quita la careta.) (¡Menuda paliza me ha dado ese caballero!) Lo que yo quiero es que me enseñe usted (A Bermúdez.) algún golpe... de sorpresa...

BERM. ¿Golpe de sorpresa? Pues allá va. Quítese usté la careta. (A Manolito, que se la quita y se coloca en actitud fanfarrona. En este momento Pepito sube la persiana del balcón y se da luz á la escena.)

MEL. ¡Don Ma... Manolito! (Avergonzado, dejando caer al suelo la careta y el sable, que Pepito recoge.)

MAN. Sí, señor, yo. ¡El mameluco!

MEL. Pero. .

BERM. ¿No quería usted una lección? Pues ya la ha recibido. Este joven es un tirador de

---

(1) Don Melitón—Pepito—Bermúdez—Manolito.

primera. Ya comprenderá usté que ese duelo es irrealizable.

MEL. Eso he dicho yo... (Quitándose el guante.) Pues si precisamente don Manuel me ha sido siempre muy simpático...

MAN. Sí, ¿eh?

MEL. Pero este maldito carácter... ¡Nada! Esta noche salgo de Madrid. (Completamente aturdido.)

BERM. Muy bienpensado.

MEL. Me voy con unos parientes que tengo en la provincia de Toledo, en Tembleque... (Pepito le da el sombrero.)

BERM. Ningún pueblo más á propósito.

MEL. ¡Queden ustedes con Dios! (Al volverse para huir, da de narices contra la mampara.)

BERM. ¡Vaya usted enhorabuena!

MEL. (¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! (Abre la mampara y vase precipitadamente.)

MAN. (Corriendo hasta la puerta.) Adiós... ¡Tembleque!

ESCENA XI

DICHOS menos DON MELITÓN

MAN. ¡Ay, señor de Bermúdez! (Volviéndose muy alegre y abrazando á Bermúdez y á Pepito.) ¡Permítame usted que le abrace! ¡Ay, Pepito!

SAND. (Desde el portier.) ¿Puedo salir ya?

BERM. Sí, hombre, salga usted.

SAND. ¡Que sea enhorabuena! (A Manolito.)

MAN. ¡Ay, caballero! (Al dirirgirse á abrazarle con el sable en la mano. Don Sandalio cree que va á pegarle.)

SAND. ¡Cuidado!

MAN. Muchas gracias. (Abrazándole.) ¡Ay qué peso se me ha quitado de encima!

SAND. ¡Lo creo! (Cogiéndole la careta.) Estas caretas deben de pesar una atrocidad... (1)

MAN. Y yo que temía... Pero ¿de veras cree usted que soy un tirador de primera. (A Bermúdez.)

BERM. No, hijo; no lo tome usted en serio. No vaya

(1) Pepito—Manolito—Bermúdez—Don Sandalio.

usted ahora á echárselas de valiente y nos resulte otro argentino. Mírese usted en ese espejo.

MAN. No me hable usted de espejos que recuerdo el del café. Ese debía pagarle don Melitón. Diré que le pasen la cuenta... Pero ¿qué contento estoy! Voy á ver á mi mujercita y contárselo á todo el mundo. (Deja el sable y el guante y se pone el sombrero.) ¡Ay, señor de Bermúdez! ¡Ay, Pepito! ¡Ay, caballero! Ustedes lo pasen bien. (Corre hacia la puerta.)

BERM. Pero hombre...

MAN. ¿Qué?...

BERM. Que se lleva usted mi chaqueta. (Don Sandalio y Pepito se ríen á carcajadas.)

MAN. ¡Ay, es verdad!... (Volviendo.) Usted perdone... Si no sé lo que me hago... (Se quita la chaqueta y se pone la americana.) Volveré, volveré por aquí. Reanudaré mis lecciones... Hasta mañana... Que ustedes sigan bien... (Al abrir la mampara tropieza con doña Vicenta.) ¡Ay!

D.ª VIC. ¡Jesús!

BERM. (¿Quién?)

MAN. Usted dispense, señora.

D.ª VIC. Vaya usted con Dios. (Vase Manolito.)

ESCENA XII

BERMÚDEZ, DON SANDALIO, DOÑA VICENTA, ROSA, DON CECILIO y NICASIA

D.ª VIC. Pasa, mujer, pasa. Con pagar lo que sea, estamos al cabo de la calle. Adelante, don Cecilio. Entra. Nicasia. Muy buenos días.

BERM. (¡Qué familia será esta?)

ROSA Felices.

CEC. Servidor.

NIC. Santos y buenos días.

BERM. Pasen ustedes, pasen ustedes. (Entran todos en escena.)

D.ª VIC. Usted debe de ser el Maestro de armas, ¿verdad? (A Bermúdez.)

BERM. Servidor de usted. (1)

D.ª VIC. Tengo mucho gusto... Beso á ustedes las manos. (A Sandalio.)

SAND. A los pies de ustedes. (Que se ha puesto la careta de sable.)

D.ª VIC. (A Rosa.) ¡Qué tipo! ¡Parece un buzo!) (A don Cecilio que trae un violín enfundado y á Nicasia que viene con un gran lío de ropa.) Siéntense ustedes allí. (2) Ten cuidado, no arrugues eso. (A Nicasia que se sienta en la banqueta de la derecha Don Cecilio en la banqueta del foro.)

BERM. ¡Es bonita la muchacha! (A don Sandalio, indicando á Rosa.)

SAND. (Con esta alambrera todo lo veo cuadriculado.) (Se quita la careta.)

D.ª VIC. (3) (A Rosa) Procura estar amable con el Maestro, á ver si nos salen gratis las lecciones.

SAND. (A Bermúdez.) Sí que lo es. Y la criadita también. Esas paletas son mi debilidad.

D.ª VIC. Pues, oiga usted, caballero... (A Bermúdez.) ¡Pero, Jesús! ¡Y qué ligeros andan ustedes de ropa.

SAND. Es el traje de sala.

D.ª VIC. Pues, hijo, más parece el de alcoba.

SAND. (La verdad es que no está uno decoroso.) (Va al foro y se pone la chaqueta de ante que se quitó Manolito.)

D.ª VIC. Yo no sé si usted nos conocerá. Somos artistas.

BERM. No recuerdo...

D.ª VIC. ¿No va usted por Eslava?

BERM. Alguna que otra vez.

D.ª VIC. Pues ésta es la Castaños, la Rosita Castaños.

ROSA Servidora de usted.

D.ª VIC. Otra primera tiple.

BERM. ¿Usted es tiple también?

D.ª VIC. ¿Quién, yo? Vamos, hombre, no sea usted

(1) Pepito—Nicasia—Don Cecilio—Rosa—Doña Vicenta—Bermúdez—Don Sandalio.

(2) Pepito—Nicasia—Don Cecilio—Doña Vicenta—Rosa—Bermúdez—Don Sandalio.

(3) Nicasia—Pepito—Don Cecilio—Rosa—Doña Vicenta—Bermúdez—Don Sandalio.

guasón. Buena estoy yo para hacer de tiple. Soy otra característica, y gracias.

BERM. Como dice usted que esta señorita es otra tiple...

D.ª VIC. Bueno, es otra, porque en el teatro hay varias.. Pero crea usted que la que vale allí es esta, aunque la empresa diga lo contrario.

ROSA No exageres, mujer.

D.ª VIC. ¿Lo ve usted? Esta cortedad de genio es lo que me desespera. En el teatro no se puede ser así. Por eso he decidido que viniéramos á pedirle á usted un favor.

BERM. Usted dirá. (Don Sandalio se sienta al lado de Nicasia.)

D.ª VIC. Cuéntaselo, mujer. Dile lo que pasa. (1)

ROSA Pues mire usted, caballero. Uno de estos días vamos á estrenar una obra; una revista política.

D.ª VIC. No sé lo que pasará, porque decimos cada cosa...

ROSA Se titula *El desarme europeo.*

D.ª VIC. Ya ve usted que barbaridad.

ROSA Tomamos parte todas las primeras. Cada una representa una nación.

D.ª VIC. Y, es claro, el papel más bonito, que es el de Rusia, que debía hacerlo ésta, se lo han dado á la Morales, una protegida del empresario.

ROSA Una tía sin vergüenza y que nos quiere tomar el pelo á los demás. ¡Como que no tiene educación!

D.ª VIC. No hace lo que ésta, que es toda una señorita.

BERM. Ya veo, ya...

D.ª VIC. Como que es de muy buena familia.

ROSA Ya lo creo. Mi tío, que es el señor, ha sido director de orquesta en Valladolid, aunque ahora está de segundo violín en el teatro.

D.ª VIC. Y su papá, que ha venido á menos, ha estado en muy buena posición.

ROSA ¡Como que ha llegado á tener nueve coches!

BERM. ¡Hola!

---

(1) Rosa—Bermúdez—Doña Vicenta.

D.ª VIC. Era alquilador de carruajes.

BERM. ¡Ya!

ROSA Pues verá usted. En el cuadro séptimo de la obra hay un asalto de armas entre todas las naciones. El director de escena no entiende una palabra de estas cosas. La Morales y la Ruiz se baten admirablemente.

D.ª VIC. Como que las está ensayando un amigo de ellas, un capitán de húsares que dicen que es un gran tirador.

ROSA Y por eso venimos aquí á que haga usted el favor de ensayarnos.

BERM. Con muchísimo gusto.

ROSA Tiramos las dos juntas. Esa hace de Turquía y yo de Grecia.

BERM. Estarán ustedes preciosas.

D.ª VIC. Esa, porque lo que es yo... Voy á estar hecha un demonio.

BERM. ¿Conque de griega? (A Rosa.) ¡Estará usted divina! Iré á verla á usted.

D.ª VIC. No; si la va usted á ver ahora mismo.

BERM. ¿Sí?

ROSA Sí, señor; hemos traído los trajes para ensayar, porque con estas faldas...

BERM. Lo celebro muchísimo. Pasen ustedes al vestuario.

ROSA Dónde?

BERM. Por aquí.

D.ª VIC. Nicasia, lleva eso allá adentro.

NICASIA Voy, señora. (¡Estese usted quieto, hombre!) (A Don Sandalio, que habrá estado á su lado tirándole pellizcos.)

SAND. (¡Qué carnes tan duras tienen estas paletas!)

ROSA (A Bermúdez, con coquetería.) Enséñeme usted alguna postura bonita, ¿eh? Aunque no sea más que para hacer rabiar á la Morales... Que vea ella que yo tengo tambien quien se interese por mí.

BERM. Descuide usted.

ROSA ¡Pero qué simpático es este caballero! Hasta luego. Salgo en seguida. Anda, Nicasia. (Vase con Nicasia al vestuario.)

BERM. ¡Es monísima esa chiquilla!

VIC. Pues si la oyese usted cantar... Es la mejor

tiple del teatro, créame usted. En el duo conmigo, está que da el opio.

BERM. ¿Pero usted canta?

VIC. ¿Yo? Ya lo creo. También doy el opio... en píldoras. Pero me parece que por siete pesetas no van á contratar á la Patti. Vaya, hasta luego. Es cosa de un momento. Ya sabe usted que los artistas de teatros por horas nos vestimos al vapor. (Vase al vestuario.)

BERM. Hasta luego, señora. (Don Sandalio coloca una careta sobre la banqueta de la izquierda, coge un florete y empieza á hacer fondos y dar estocadas, saltando cómicamente.)

ESCENA XIII

DICHOS, menos DOÑA VICENTA; ROSA y NICASIA. Luego, JUAN

BERM. (¡La tiple es bonita, sí, señor! Y me parece que de corta de genio tiene tanto como de bien educada.) ¡Don Sandalio! ¡Eh, don Sandalio!

SAND. Mándeme usted.

BERM. Déjese usted de saltitos y vamos á trabajar las manos.

SAND. Ya han trabajado, ya. Le he dado cada pellizco á la criadita...

BERM. Sí, ¿eh?

SAND. Soy *atrós*, como dice mi mujer.

BERM. Tome usted estas pesas. Son ligeritas... Los ejercicios son los siguientes.

SAND. Los conozco. De muchacho he trabajado mucho.

BERM. Bueno, pues á sudar, á sudar (1).

SAND. (Haciendo ejercicios con las pesas.) (Dice bien este señor. La tiple es muy guapa... Y debe de estar muy bien formada... Si yo me atreviera... (Procura por todos los medios fisgar por entre las cortinas. Se pone en cuclillas para mirar por debajo, siempre haciendo ejercicios con las pesas.)

---

(1) Pepito--Don Cecilio—Bermúdez—Don Sandalio.

BERM. (A don Cecilio.) Es muy simpática su sobrina de usted.

CEC. Es un ángel la pobrecita.

BERM. Y parece muy inocente.

CEC. Es más buena que el pan. La empresa no la estima en lo que vale, pero con su pan se lo coma. Yo me callo, porque la necesidad me obliga. He ocupado otras posiciones; pero ahora .. A falta de pan, buenas son tortas.

BERM. ¿Han almorzado ustedes?

CEC. No, señor. Lo hacemos siempre después del ensayo. (Entra Juan en escena.)

BERM. Pues hoy almorzaremos juntos.

CEC. Como usted quiera.

BERM. ¡Juan!

JUAN Mande usted.

BERM. Vete á casa y que no me esperen á almorzar.

JUAN En seguida, sí señor.

ESCENA XIV

DICHOS y RAFAEL

RAF. Aquí estoy de vuelta.

BERM. Hola, Rafaelito.

JUAN Tome usted esta carta que ha dejado la criada de arriba. (Dando una carta á Rafael. Vase por la primera derecha.)

BERM. ¿Cartita de la novia, eh?

RAF. Sí, señor. Será diciéndome dónde va esta noche. (Don Sandalio ha ido acercándose al portier del vestuario, haciendo ejercicios con las pesas, y al poner los brazos en cruz, entreabre intencionadamente el portier y mira.)

VIC. / ROSA (Dentro.) ¡Ay!

TODOS ¿Qué?

SAND. Nada, nada, que he tropezado sin querer... (¡De primer orden!)

RAF. ¿Quién está ahí?

BERM. Dos tiples de zarzuela.

RAF. Hombre, me alegro.

SAND. La joven es preciosísima.
BERM. No tanto como su novia de usted.
SAND. ¿El señor tiene novia? (1).
BERM. La señorita del segundo. Una chiquilla encantadora.
RAF. Es favor.
SAND. Sí, ¿eh?
BERM. La infeliz se pasa la vida en el balcón.
RAF. (¿Qué me dirá la pobrecita?) (Abre la carta.)
SAND. (Veamos esa preciosidad.) (Deja las pesas, y se acerca al balcón del foro derecha.)
RAF. (Después de leer.) ¡Caracoles!
BERM. ¿Qué?
RAF. Que me divierto si llego á asomarme: «Rafael de mi vida, no te asomes, por Dios. Mamá no se separa del balcón.»
SAND. (En el balcón, y después de mirar hacia arriba.) (No veo nada.)
RAF. «Tiene la regadera llena de agua.»
SAND. (Le cae encima un chorro de agua.) ¡Huy! (Entrando en la escena.)
TODOS ¿Qué?
BERM. ¿Qué es eso?
SAND. ¡El diluvio!
TODOS ¡Ja, ja, já! (2).
RAF. Cosas de mamá. Ya me lo anunciaba mi novia. (Riéndose.)
SAND. Podía usted habérmelo advertido.
RAF. Ese chaparrón era para mí.
SAND. Pues me debe usted una mojadura. (Me divierto si no llego á ponerme esta chaqueta.) (Se quita la chaqueta y se pone su chaleco y su levita.)

ESCENA XV

DICHOS y ROSA vestida de griega (traje teatral)

ROSA Aquí me tienen ustedes.
BERM. ¡Preciosa!
RAF. ¡Olé!

---

(1) Pepito—Don Cecilio—Rafael—Bermúdez—Don Sandalio.
(2) Pepito—Rafael—Don Sandalio—Don Cecilio—Bermúdez.

BERM. ¡Está usted preciosa!
CEC. ¿Verdad que está muy guapa? (A Bermúdez.)
BERM. ¡Ya lo creo! ¡Griega pura! Tiene usted la correcta línea de la arquitectura clásica de Corinto.
ROSA ¡Anda! ¡Pues no está usted poco *finolis!*

ESCENA XVI

DICHOS y DOÑA VICENTA vestida de turca (traje teatral). NICASIA

D.ª VIC. Aquí está la sultana.
BERM. ¡Señora!
D.ª VIC. ¿Qué les parezco á ustedes?
BERM. ¡Encantadora!
RAF. ¡Preciosa!
SAND. ¡Divina!
D.ª VIC. ¡Guasones!
ROSA Anda, Vicenta, vamos al duo.
D.ª VIC. Vamos á donde quieras.
ROSA Tío, empiece usted. Vengan unos sables. (Pepito les da los sables.)
PEP. Ahí van.
ROSA (A Bermúdez.) Cantaremos el duo para llegar al momento del asalto.
BERM. Venga de ahí.
CEC. (Se prepara para tocar el violín.) Cuando ustedes quieran.

Música

ROSA (1) Soy la nación que un día
fué emporio del saber.
D.ª VIC. Pues yo soy la Turquía
y sé lo que hay que hacer.
ROSA Yo dominarte espero.
D.ª VIC. Pues vamos á luchar.
ROSA Nos mira el mundo entero.
D.ª VIC. ¡Te voy á reventar!

---

(1) Rosa—Doña Vicenta.

ROSA — Yo soy la griega.
D.ª VIC. — Yo soy la turca.
LAS DOS — Y á los compases
(Dando unos pasos de mazurca.)
de una mazurca
¡Sí! ¡Sí!
crucemos los aceros
para luchar aquí.

(Al compás de la mazurca chocan los aceros, verificando los siguientes movimientos: corte—revés—corte, —segunda—quinta—corte—revés—corte y segunda. Terminados estos movimientos, Bermúdez y demas personajes dicen: «¡Bravo! ¡Bien!» Sigue la música.)

Hablado

ROSA — (A Bermúdez.) ¿*Verdá usté* que es una mazurca preciosa?
BERM. — ¡Ya lo creo!
ROSA — Se baila sola.
BERM. — No; sola no. Es de las que están pidiendo pareja.
ROSA — Pues ande usted. (Da el sable á Pepito.)
BERM. — Vamos allá. (Bailar.)
RAF. — ¿Sultana, quiere usted?...
D.ª VIC. — Sí, hijo, sí... (Bailan.)
SAND. — Anda, chica, nosotros no hemos de ser menos (Coge á Nicasia y baila con ella. Pepito baila solo.)

ESCENA XVII

DICHOS y el MAESTRO

MAES. — (Por la primera derecha.) ¿Eh? ¿Qué escándalo es este? (Se suspende el baile. Don Cecilio sigue tocando.)
PEP. — (¡Mi tío!)
BERM. — (¡El Maestro!)
MAES. — ¿Qué significa esto?
D.ª VIC. — ¿Quién es ese tío? (A Bermúdez.)
BERM. — El tío de aquel. (Por Pepito.)
MAES. — ¡Cállese usted, hombre! (Don Cecilio deja de tocar.) ¡Pero señor Bermúdez!

BERM. Oiga usted, Maestro. Las señoras son dos artistas que vienen á ensayar un asalto.

MAES. Pues me parece que no es esta la manera...

ROSA Pero ¿qué le importa á este señor?

BERM. Es el dueño de la sala. Yo no soy más que un sustituto.

ROSA ¡Ah! ¿Conque el señor es?... ¡Pues oiga usted caballero! (1)

MAES. (¡No es fea la muchacha!)

ROSA Nosotras deseábamos tomar unas lecciones...

MAES. Aquí no es posible.

ROSA Jesús, hombre, no se ponga usted así. (*Con coquetería.*)

MAES. (*Aparte á Rosa.*) ¿Dónde vive usted?

ROSA (¿Para qué?)

MAES. (Para ir á darle á usted las lecciones en su casa.)

ROSA (¿Sí, eh?) ¡Pero qué simpático es este caballero!

D.ª VIC. (*A Bermúdez.*) ¿Ha visto usted que muleta tiene la chiquilla?

BERM. Señores, una proposición.

TODOS ¿Qué?

BERM. Les convido á ustedes á almorzar.

ROSA Muy bien pensado.

D.ª VIC. Con muchísimo gusto. (*Mucha animación.*)

MAES. Señor de Bermúdez, yo no puedo permitir...

BERM. Tranquilícese usted, Maestro. No se trata de almorzar aquí. Iremos á los Viveros.

MAES. Digo, que yo no puedo permitir... que lo pague usted solo. Lo pagaremos por mitades.

SAND. No señor; por terceras partes. Yo me voy con ustedes. (2)

D.ª VIC. ¿También usted?

SAND. Sí, señora. Lo que á mí me hace falta es mucho jaleito.

---

(1) Pepito—Don Cecilio—Don Sandalio—Nicasia—Maestro—Rosa—Bermúdez—Doña Vicenta y Rafael.

(2) Don Sandalio—Maestro—Rosa—Bermúdez—Doña Vicenta—Pepito—Rafael—Nicasia y Don Cecilio.

ESCENA XVIII

DICHOS y DOÑA NICOLASA que va á abrir la mampara y se detiene al oir la voz de don Sandalio.

NICOL. (¿Eh?) (Desde la puerta.)
ROSA ¡Miren el vejete!
SAND. Iremos á los Viveros. Yo me encargo del *Champagne.*
NIC. (¿Qué dise?)
BERM. ¿Y si se entera la señora?
SAND. No me hable usted de mi señora. Estoy de ella hasta aquí.
NIC. (Entrando resuelta.) ¡Ah, pillo!
BERM. ¡Cataplum!
D.ª VIC. / ROSA } ¿Eh? (Movimiento de sorpresa en todos los personajes)
SAND. (¡Santa Bárbara bendita!
NIC. ¡Ya te daré yo á ti Viveros, sinvergüensa!
MAES. ¡Señora!
SAND. ¡Nicolasita!
NIC. ¡Ande usted para casa! (Le da un empellón y le pega un sombrillazo en la cabeza.)
SAND. *¡Touché!*
NIC. ¡Ande usted! (Vase don Sandalio, empujado siempre por doña Nicolasa, que le sigue furiosa.)

ESCENA FINAL

DICHOS, menos DON SANDALIO y DOÑA NICOLASA

BERM. ¡Vayan benditos de Dios!
MAES. ¡Pues, señor! ¡Buena está hoy la sala de armas!
ROSA Tranquilícese usted, Maestro. Los únicos que pueden quejarse de la sala de armas son los señores, y nosotras nos encargamos de pedirles que nos perdonen. (Al publico.)

ROSA — Yo un aplauso pediría.
D.ª VIC. — El público nos aprecia
y no nos lo negaría.
ROSA — Pues, ¡os lo pide la Grecia!
D.ª VIC. — ¡Y os lo ruega la Turquía!

TELON

NOTAS IMPORTANTES

Donde no haya posibilidad de proporcionarse tiradores para el asalto indicado en la escena VI se representará la obra con las siguientes modificaciones.

1.ª Se suprimirá todo el diálogo señalado con asteriscos.

—

2.ª (Escena II.—Casi al final. Cuando entra Juan con la carta para el Maestro)

MAES. Con permiso de usted. (Abre la carta y la lee.)
BERM. Es usted muy dueño.
PEP. (Saliendo del vestuario con el florete y el guante del señor Bermúdez.) Aquí tiene usted.
BERM. Venga. En cuanto cojo el florete parece que se me quitan veinte años de encima.
MAES. ¡Vaya! ¡Esta es otra!
BERM. ¿Qué pasa? ¿Ocurre algo?... etc.

—

3.ª (Escena V.—Cuando Bermúdez entrega á don Sandalio el guante y el florete.)

SAND. ¿Y este es el dedo pulgar? Nadie lo diría. ¿Así, eh? (Empuñando el florete.)
BERM. ¡Perfectamente! (Pepito va al vestuario.)
SAND. Bueno, ¿y ahora qué hago yo con esto?
BERM. ¿Usted no ha frecuentado nunca la sala de armas?
SAND. ¡En mi vida!
BERM. ¿De manera que no ha visto usted ningún asalto?
SAND. Eso, sí señor. Cuando estuvo Pini en Madrid presencié uno en el teatro.
BERM. ¿Le gustaría á usted?
SAND. Mucho. Lo que no comprendí era una palabra que decían á cada momento.
BERM. ¿*Touché*?
SAND. ¡Justo! ¡*Touché!* ¿Qué quiere decir eso?
BERM. Pues es cantar el golpe. Siempre que á uno

le dan una estocada ó un sablazo debe decir: *¡Touché!*

SAND. Pues es una palabra que no he oído nunca en la calle de Sevilla, y mire usted que allí se dan sablazos al cabo del día.

BERM. ¡Ea! Vamos á ver qué disposiciones presenta usted, etc.

Sigue toda la escena VII hasta el final.

—

4.ª Final de la escena VII.

PEP. (¡Parece un sapo!) (Riéndose.)

BERM. ¡Quieto! ¡Quieto en el fondo!

SAND. (¡Me caigo! ¡Vaya si me caigo!) (Vacilando. Salen del vestuario Rafael y Antonio en traje de calle.)

BERM. ¿Qué? ¿Se van ustedes? (A Rafael y á Antonio.)

ANT. Hasta mañana, señor de Bermúdez.

BERM. Vaya usted con Dios. ¿Se va usted también, don Rafaelito?

RAF. Sí, señor; pero yo volveré.

BERM. Lo comprendo.

SAND. (¡Que me caigo!) (Siempre á fondo y como perdiendo el equilibrio.)

RAF. (A Bermúdez.) Ya está arriba la mamá y no es prudente asomarse al balcón. Hasta después.

BERM. Hasta luego.

RAF. (A don Sandalio.) Beso á usted la mano.

SAND. (¡Ya hay donde besar, ya!) (Indicando el guante.)

RAF. Adiós, Pepito.

PEP. ¡Abur!

BERM. ¡Vayan ustedes con Dios! (Bermúdez y Pepito acompañan hasta la mampara á Rafael y á Antonio que se van.)

SAND. (¡Que me caigo!... ¡Ya me caí!) (Se cae al suelo quedando sentado.)

BERM. (Volviéndose y viendo á don Sandalio.) ¡Pero, hombre!

PEP. ¡Já, já, já!

BERM. ¿Qué ha sido eso?

SAND. ¡Que me he caído al fondo! Etc.

Sigue toda la obra sin modificación ninguna.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

¡Basta de matemáticas! juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El pariente de todos, juguete cómico en un acto y en verso, original.

Desde el balcón, juguete cómico en un acto y en verso, original.

La viuda del zurrador [1], parodia en un acto y en verso.

El autor del crimen, juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Aprobados y suspensos, pasillo cómico en un acto y en verso, original (Sexta edición.)

Horas de consulta, sainete en un acto y en verso, original.

Noticia fresca [2], juguete cómico en un acto y en verso. (Sexta edición.)

Tras del pavo [5], apropósito en dos actos y en prosa original.

Paciencia y barajar, comedia en un acto y en prosa.

Calvo y compañía, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

Pérez y Quiñones, comedia en un acto y en prosa, original.

Con la música á otra parte, juguete cómico en dos actos, en verso, original. (Tercera edición.)

Turrón ministerial, apropósito en un acto y en prosa, original.

Llovido del cielo. comedia en dos actos y en verso, original. (Tercera edición.)

Periquito [1], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

La ocasión la pintan calva [1], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡Adios, Madrid! [1], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

¡Adiós, Madrid! [1], refundida en dos actos.

De tiros largos [1], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa. (Cuarta edición.)

El medallón de topacios [2], drama cómico en un acto y en verso, original.

La primera cura [1], comedia en tres actos y en verso, original.

La primera cura [1], refundida en dos actos.

La calandria [1], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Cuarta edición.)

El hijo de la nieve [1], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

Prestón y compañía [4], sainete en un acto y en verso, original.

Parientes lejanos, comedia en dos actos y en verso, original.

Carta canta, juguete cómico en un acto y en verso. (Segunda edición.)

Robo en despoblado [1], comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

Las codornices, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Sexta edición.)

De todo un poco [5], revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

Juego de prendas, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

Tiquis-miquis, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

¡Un año más! [5], revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

Pensión de demoiselles [5], humorada cómico-lírica en un acto y en prosa, original.

San Sebastián, mártir, comedia en tres actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

Parada y fonda, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Séptima edición.)

Boda y bautizo [5], sainete en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original.

El viaje á Suiza [5], vaudeville en tres actos y en prosa, arreglado del francés.

Perecito, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

La almoneda del 3.° [1], comedia en dos actos, original y en prosa.

Coro de señoras [1], pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

Los tocayos, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

El padrón municipal [1], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

Los lobos marinos [1], zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

El sombrero de copa, comedia en tres actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

El señor gobernador [1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

El sueño dorado, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

Su excelencia, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

El señor cura, comedia en tres actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

El señor cura, refundida en dos actos. (Segunda edición.)

El rey que rabió [1], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

El oso muerto [1] comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

Villa-Tula (segunda parte de *Militares y paisanos*), comedia en cuatro actos, escrita sobre el pensamiento de la obra alemana *Keif von Reiflingen*.

Zaragüeta [1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

Chifladuras, juguete cómico en un acto y en prosa, escrita sobre el pensamiento de una obra francesa. (Segunda edición.)

La rebotica, sainete en prosa, original. (Cuarta edición.)

La praviana, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

Venta de Baños, sainete en un acto y en prosa, original.

La Marquesita, comedia en un acto y en prosa.

La sala de armas, pasillo cómico en un acto y en prosa, original.

OBRAS NO DRAMÁTICAS

Todo en broma, versos de Vital Aza, con un prólogo de Jacinto O. Picón, un intermedio de José Estremera, un epílogo de Miguel Ramos Carrión y ¡nada más! (Segunda edición aumentada.)

Bagatelas, poesías. Ilustraciones de B. Gili y Roig.—Colección elzevir. Juan Gili.—Barcelona.—Primera edición.

Ni fu, ni fá, versos.—Ilustraciones de B. Gili y Roig. — Colección elzevir. Juan Gili.—Barcelona.—Primera edición.

Pamplinas, versos.—Colección Diamante. — Antonio López. — Librería Española. —Barcelona.—Primera edición.

---

1 En colaboración con Miguel Ramos Carrión.
2 Idem íd. José Estremera.
3 Idem íd. José Campo-Arana.
4 Idem íd. Eusebio Blasco.
5 Idem íd. Miguel Echegaray.

"Duettino"

en

<u>La sala de armas</u>

Partitura de canto y Piano.

J. M.


7
Tipo de Mazurka
Rosa y Vicenta.
Rosa
Soy la na cion que un
dia
Fué em-po-rio del sa ber.
Vic
Pues yo soy la Tur qui a,
y se lo que hay que ha-cer
rall



Rosa
Yo do_mi_nar_te es _ pe _ _ _ ro
Vic
Pues va mos á lu _ char
Rosa
Nos mi ra el mundo en
te ro
Vic
Te voy a re _ ven _ tar.
FF
(Rosa)
Yo soy la Grie-ga
Vic
Yo _ soy la
Turca.
Las dos
(Bailan)
Y á los com _
FF



-pa-sis deu-na ma-zur-ka Si
cres
Si Si Si Si Si Si
Si
ce - ros
pa ra lu-char a-qui Si Si
dim
Rosa (ad libitum)
Vic
Pa - ra luchar aqui
Pa - ra


(Rosa)
Vic
chara qui Pa- ra lu chara qui Pa-
ra lu chara qui
Rosa
Ah Ah Ah Ah Ah
(Las dos)
Vic
Ah Ah Ah Ah Ah
a — qui
(Simulan
FF
un asalto á sable al compas de la música
durante los ocho primeros compases desde


la
D.C.
á la y se sigue
repitiendo hasta que
Maestro dice á Don
Cecilio:– ¡Cállese V.

PUNTOS DE VENTA

En todas las principales librerías.